

regente, se hallaron frente á frente, no sólo alrededor de la capital, sino en las provincias, principalmente en Navarra y el país Vasco, cuyos habitantes, por odio á la centralización administrativa y por una justa pasión por sus libertades locales, se hallaron merced á extrañas circunstancias unidos al partido de la reacción. La naturaleza fragmentada del país facilitó la ruda perseverancia de los combatientes, y durante siete años, de 1833 á 1840, se prolongó la lucha, una de las más crueles que registra la historia. Triunfaron al fin los *Cristinos*, y España pudo gozar de una tregua en sus anales sangrientos.

A consecuencia de un movimiento paralelo, cuyas peripecias se desarrollaban trágicamente en el Estado limítrofe, dos soberanos se disputaban también el trono de Portugal, el feroz D. Miguel y la joven María de la Gloria. Allí también la causa de la joven reina, poco menos déspota que su rival, obtuvo el triunfo.

En Inglaterra se desarrollaban acontecimientos de mayor alcance, aunque sin producir efusión de sangre. En aquella época, el país cuya constitución servía de modelo á todas las monarquías parlamentarias que se formaban en Europa, se hallaba dificultado en su funcionamiento normal por prácticas electorales completamente injustas. A consecuencia de la extrema lentitud con que Inglaterra, regida por hombres de ley y los aristócratas profundamente conservadores, procede á la modificación de su antiguo equilibrio político, la representación parlamentaria recordaba todavía la época en que los condados del Sud estaban proporcionalmente más poblados y eran más ricos que los del Norte. Cuando se establecieron las bases de la delegación electoral, el Devonshire era un gran condado marítimo, el Somerset y el Wilts eran centros industriales, en tanto que el Lancashire, bajo un clima más rudo, tenía una población menos densa y más grosera<sup>1</sup>: de ahí la enorme preponderancia que se concedía antes de 1832 en materia de representación á la parte de Inglaterra situada al sud del río Trent; hoy todavía, á pesar de las diversas atenuaciones de esa injusticia introducidas por el tiempo,

<sup>1</sup> W. Bagshot, *The English Constitution*.

N.º 443. La representación inglesa en 1832.



1: 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

Las 56 « villas podridas » que perdieron sus dos representantes en 1832 están señaladas con punto negro. G, Gram-pound en Cornwall es la única villa « desemancipada » anteriormente. Las 31 villas á las cuales se retiró uno de sus diputados están señaladas con punto abierto. Las otras villas con punto abierto y central conservaron sus dos representantes. Esta disminución de 143 representantes fué compensada por la creación de 22 representaciones dobles y 20 sencillas en las ciudades del Norte y por el aumento del número de las circunscripciones rurales.

Principales abreviaturas.—Condados: Mid-dlesex, Rut-land, Breck-nock (capital Breckon), Westm-oreland, Cumb-erland, Northumb-erland, etc.—Ciudades que designan un condado: D, Dorchester, (Dorset); S, Southampton (Hants); W, Wilton (Wilts); Oxf-ord; Hertf-ord; Bed-ford; Cam-ridge; Hunt-ingdon; Nort-hampton; Glo's-ter; Montm-outh; Carmar-then; Rad-nor; Here-ford; Montg-omery; Denb-igh; S, Shrewbury (Shropshire); Wo-rcester; Wa-rwick; Lei's-ter; N, Nottingham (Notts); L, Lancaster (Lancashire); Staff-ord.

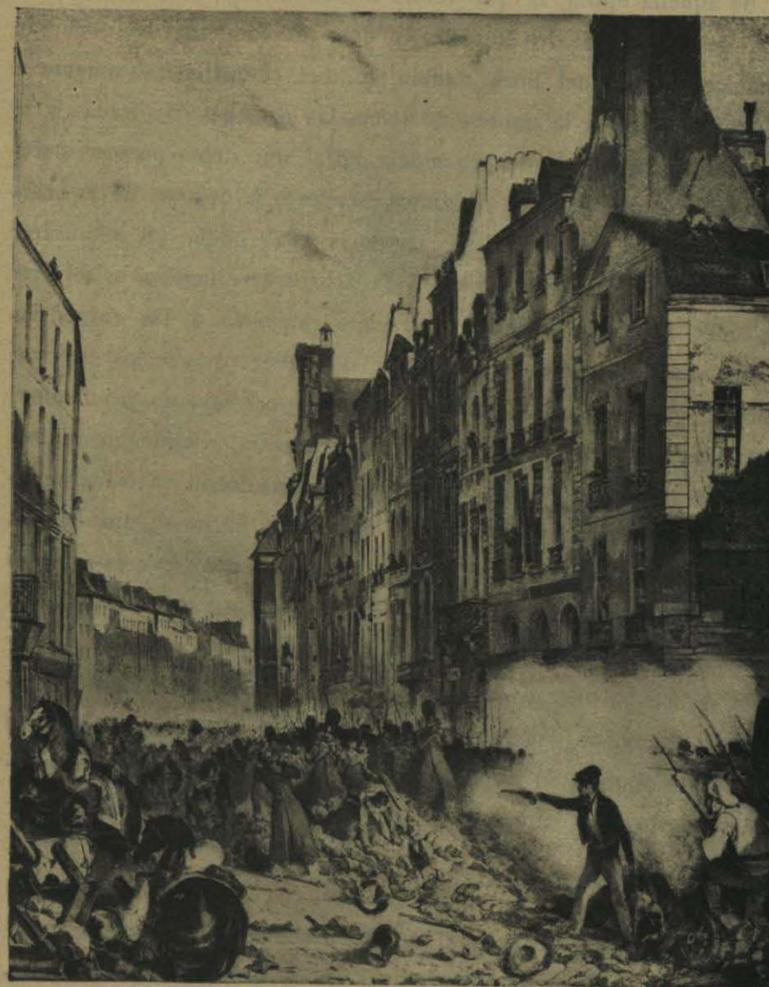
las regiones meridionales del reino están siempre muy favorecidas; establécese un contraste cada vez mayor entre la repartición geográfica de las fuerzas, de un lado en el Parlamento, de otro en la nación misma, cuya voluntad acaba siempre por prevalecer.

A pesar de la resistencia de todos los elementos conservadores, y principalmente de la Iglesia, esa voluntad nacional adiestrada ahora para un verdadero progreso, obligó á emancipar los esclavos de las colonias inglesas. Desde 1808 fué oficialmente prohibida la importación de los negros en las plantaciones americanas; en 1811 el Parlamento asimiló la trata á la piratería é hizo aprobar esta prohibición por tratados convenidos con las diversas naciones de Europa. En 1830 el gobierno británico dió libertad á todos los esclavos de la Corona, y por último, en 1833 se realizó el gran acto de la liberación general: el Parlamento votó la cantidad de quinientos millones de francos como indemnización á los plantadores; el número de esclavos se elevaba á unos 639,000; sólo en la isla de Jamaica se contaban 322,000. Este acto de emancipación distó mucho de ser, como tanto se ha repetido, la primera medida colectiva tomada respecto de los negros esclavizados. Ya en 1792 la República francesa había pronunciado la liberación de los esclavos de Santo Domingo; sin embargo, la opinión convertida en legalista solía abolir los actos de la Revolución para no considerar como positivas más que las obras de los gobiernos bien establecidos. En el mismo año 1792, Dinamarca abolió la trata en sus colonias de las Indias occidentales, y en 1803 renovó su decisión de una manera más efectiva, prohibiendo que los miembros de una misma familia pudiesen ser separados, organizando la instrucción entre los negros, y por otras varias medidas, sin llegar hasta ordenar la liberación<sup>1</sup>.

El ejemplo de la Gran Bretaña fué sucesivamente imitado por los demás Estados de Europa, en parte bajo la presión de la voluntad popular, pero más quizá todavía por obediencia al ascendiente de Inglaterra, que había consentido en privarse de los beneficios materiales de la trata de negros y de la producción en grande de los géneros coloniales, sin que para ella aceptase la concurrencia de

<sup>1</sup> *The Examiner*, 24 Marzo 1877.

las demás naciones. Habiendo sufrido las consecuencias económicas de su propio sacrificio, quiso hacer que se repartiera la carga. En la mayor parte de las Antillas, y principalmente en Jamaica, los plan-



Gabinete de las Estampas.

Según una litografía de Charlet.

COMBATE DE LA CALLE DE SAN ANTONIO

tadores se arruinaron por completo á causa de la revolución producida en las condiciones del trabajo. Nada más justo: era natural que los negros, libres al fin del cepo y del látigo, olvidasen el camino de las odiadas plantaciones y reservasen su labor al huerto de la familia.

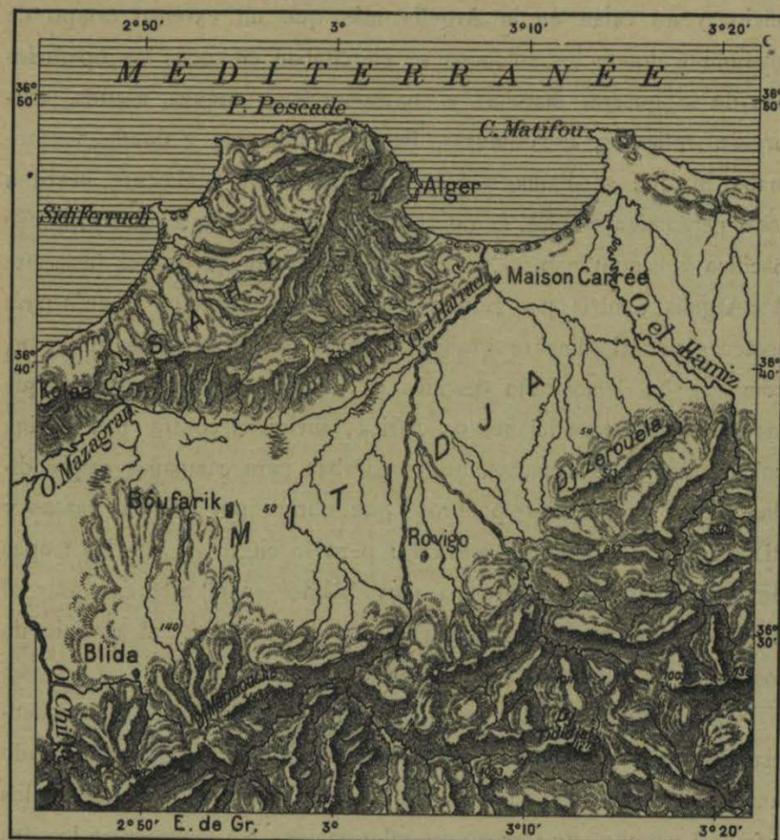
Las reformas, determinadas en Inglaterra por las victorias suce-

sivas de la opinión pública, se proseguían á pesar de los cambios de reinado y de ministerio. Hasta se dió el caso de que por mediación de un gobierno conservador se votó la medida más popular de aquella época, la que abolía ó reducía á poca cosa los derechos de entrada de los cereales y daba al conjunto del comercio británico el ideal del libre cambio, lo que colocaba francamente á la Gran Bretaña á la cabeza de todas las naciones civilizadas y le aseguraba una especie de hegemonía moral, que debía parecer merecida durante medio siglo. Algunos escritores se dejaron llevar hasta imaginarse una supuesta ley, según la cual podía ya conjurarse toda revolución: bastaba imitar á la aristocracia inglesa en el arte de ceder con una lentitud sabiamente calculada á las exigencias de las masas burguesas y populares, de manera que se les dirigiese siempre, ganando en ascendiente lo que se perdiera en privilegios, pero esos grandes admiradores de la prudencia británica olvidaban que esas reformas contemporizadoras no remediaban en manera alguna las enfermedades crónicas del organismo nacional, que Irlanda permanecía esclavizada por una liga de grandes señores que ni siquiera tenían el valor de residir en sus tierras; que la India, tan poblada y hambrienta, era siempre la cosa de una inhumana compañía de mercaderes, y que en Inglaterra, bajo la maravillosa prosperidad de arriba, las miserias de abajo continuaban royendo las multitudes, aunque en menor grado que en la época de las formidables guerras del Imperio.

El gobierno francés, comprometido en diferente vía que los ministros ingleses, tenía que hacerse perdonar sus orígenes revolucionarios: para entrar como igual en la asamblea de los reyes, Luis Felipe debía suministrar grandes garantías de prudencia conservadora y volverse enérgicamente contra sus ex-cómplices, lo que hizo cumplidamente: la primera década de su reinado se empleó principalmente en suscitar motines para reprimirlos después. Al mismo tiempo recurrió al medio habitual de corrupción distra- yendo la atención pública hacia una guerra de conquista poco peli- grosa. Algunos días antes de la revolución de Julio, una flota fran- cesa desembarcó en las inmediaciones de Argel tropas que cayeron

rápida- mente sobre la ciudad, dispersando á sus defensores y poniendo un término al gobierno de los soberanos corsarios. Aquel extraño principado, que desde más de tres siglos desafiaba á las potencias

N.º 444. El Sahel de Argel y la Mitidja.

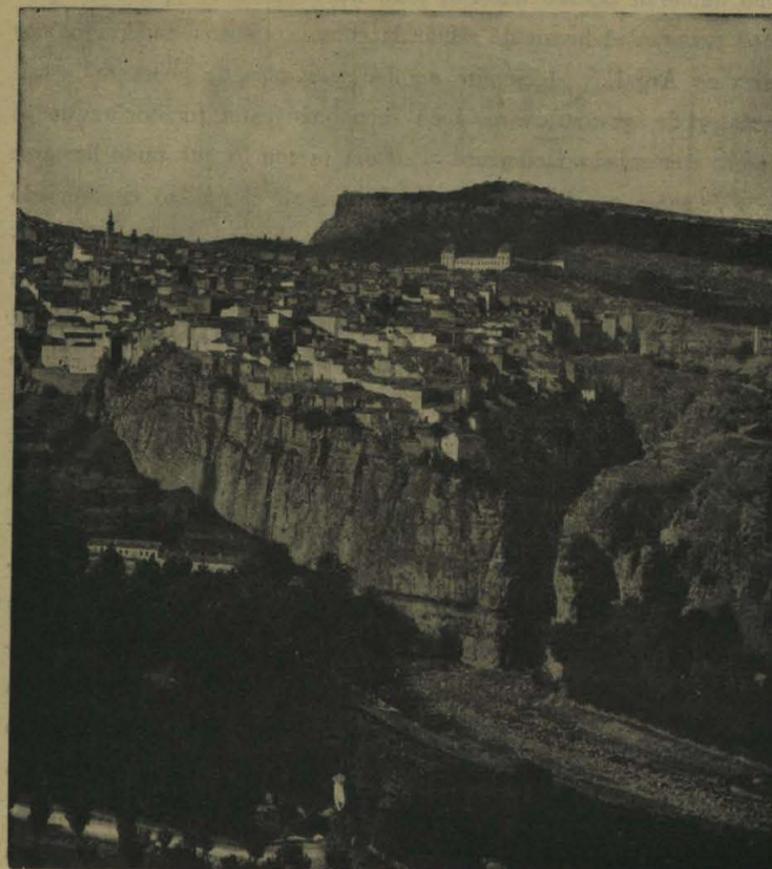


cristianas y cuya existencia no hubiera sido posible si no le hubie- ran protegido complicidades secretas, desapareció de las costas del Mediterráneo; pero la supresión de aquel nido de piratas hubiera podido realizarse sin que Francia se creyese obligada á hacer la guerra contra las poblaciones del interior ni iniciar las operaciones de conquista que se prosiguieron durante varias generaciones, y que ni al principio del siglo xx están aún terminadas,

La usurpación se iba haciendo previamente por contacto y poco á poco en las tierras; la anexión de una tribu traía consigo la de las siguientes, complicada con revueltas ofensivas por parte de los indígenas. Los jefes del ejército se interesaban mucho menos por la suerte de las poblaciones conquistadas que por las cosas de su oficio, y no veían en la Argelia más que un extenso campo de maniobras donde los soldados se ejercitaban en todas las operaciones de la guerra, marchas y contramarchas, ataques, asaltos, sorpresas, retiradas, escaramuzas, batallas, matanzas y donde se formaba lo que se llama «el espíritu militar», fatalmente hostil á todo pensamiento libre, á toda iniciativa individual, á todo progreso pacífico y espontáneo. Considerábase que aquella guerra incesante de Argelia tendría por resultado preparar el ejército francés para sostener victoriosamente grandes guerras europeas. Era un error, como se ha demostrado después en desastrosos conflictos, porque las pequeñas expediciones de Africa, dirigidas contra bandas incoherentes y mal armadas, no preparaban para campañas emprendidas contra un enemigo poderoso que obrara por grandes masas y dispusiera de formidable artillería; pero lo cierto es que las tropas de Africa volvieron á Francia muy hábiles en el arte de cazar al hombre, y lo mostraron bien en las calles de París, al servicio de los «buenos principios del orden y de la autoridad».

La conquista de la Argelia sólo hubiera producido consecuencias deplorables si aquella comarca hubiera debido continuar siendo una escuela de guerra, pero llegó á ser también, á pesar de los jefes del ejército, un terreno de colonización. La lucha entre los dos elementos de la ocupación militar y de la cultura civil tuvo en un principio un carácter trágico. Fué una guerra á muerte, y se pudo temer durante muchos años que la Argelia, transformada en un gran cuartel, quedase definitivamente cerrada á la invasión de las ideas y de las costumbres europeas. Pero el ejército, al que era indispensable todo un cortejo de proveedores, no podía maniobrar sin introducir á pesar suyo una población civil que diera solidez á sus anexiones estratégicas. La obra de conquista giraba en un círculo vicioso y, á pesar de todo, no podía menos de terminar por el empequeñecimiento y luego por la subordinación del elemento mili-

tar, fatal salida que éste trataba de evitar á toda costa. El gobierno dictatorial de la Argelia quería limitar la extensión del territorio ocupado por los paisanos<sup>1</sup>: todo Europeo que se adelantase fuera de los límites del país de campamento militar que formaba el



CONSTANTINA Y LA CORTADURA DEL RUMMEL

Cl. J. Kuhn, edit.

cuadro del Sahel y de la Mitidja, quedaba por eso mismo fuera de la ley: los centinelas tenían orden de hacer fuego sobre él. Después se hizo más todavía: se suprimió toda colonización, hasta en las inmediaciones de Argel. El mariscal Valée juzgó útil hacer una expedición guerrera que le prohibía el tratado de la Tafna, y Abd-el-Kader le declaró la guerra á su vez; entonces el mariscal

<sup>1</sup> Rouire, *Revue de Deux Mondes*, 15 Sept. 1901, p. 357.

aprovechó la situación para ordenar á todos los colonos del Sahel y de la Mitidja que abandonaran sus haciendas. Esta orden, lanzada el 20 de Noviembre de 1839, aniquiló de un golpe los esfuerzos de nueve años. En vano los agricultores quisieron defenderse solos, como hubieran podido hacerlo, pero no se permitió que unos paisanos tuvieran el honor de salvar la colonia: fueron encerrados por fuerza en Argel, y el ejército empleó tres años de guerras, de mantanzas y de gastos enormes en reconquistar un territorio que se hubiera conservado fácilmente<sup>1</sup>. Tales fueron lo que pudo llamarse las «Vísperas argelinas». Y sin embargo, el colono despreciado acabó por triunfar de su enemigo natural el conquistador, y la Argelia se ha anexionado al mundo europeo, dando un gran paso en el conjunto de la evolución que une poco á poco la humanidad al tipo de civilización representado por los pueblos que han recibido la educación greco-romana.

En la época de la conquista de la Argelia, el Oriente mediterráneo se hallaba también turbado por el ruido de las armas. Un «pastor de los pueblos» se había revelado en la persona de Mehemet-Ali, quien, siendo un oficial sin fortuna, había llegado á la dignidad de pachá de Egipto (1804). Sus fuerzas, mandadas por su hijo Ibrahim, habían combatido en Morea y en Navarin, pero Mehemet no tardó en indisponerse con su señor feudal y emprendió una lucha cuyo término fué la derrota de los Turcos en Necib (24 Junio 1839). Europa intervino: Rusia, Austria, Inglaterra..., porfiaban á quién protegería más á Turquía para adquirir «derechos» sobre ella; Mehemet-Ali hubo de abandonar la Siria y limitarse á la posesión hereditaria de Egipto.

Después de las terribles guerras del Imperio, durante aquella parte del siglo XIX que vió á las poblaciones de la Europa moderna tomar aliento, se realizaron progresos decisivos en la marcha del pensamiento humano, en correspondencia con la extensión creciente de su dominio material. Comenzaron nuevamente los grandes viajes, emprendidos por hombres de ciencia y de iniciativa que abarcaban,

<sup>1</sup> Rouire, *Revue des Deux Mondes*, ps. 365 á 367.

como Humboldt, todos los estudios referentes al «Cosmos». Spix y Martius publicaron sobre el río de las Amazonas su admirable rela-

N.º 445. Archipiélago polar americano.



1: 20 000 000

0 250 500 1000 Kil

B. I., al sudoeste de la tierra de North-Devon, Beechey Island. — P. M., en la península de Boothia, polo magnético norte.

En 1904-1906 Amundsen efectuó la primera circunnavegación completa del Nuevo Mundo por el pasaje del Noroeste.

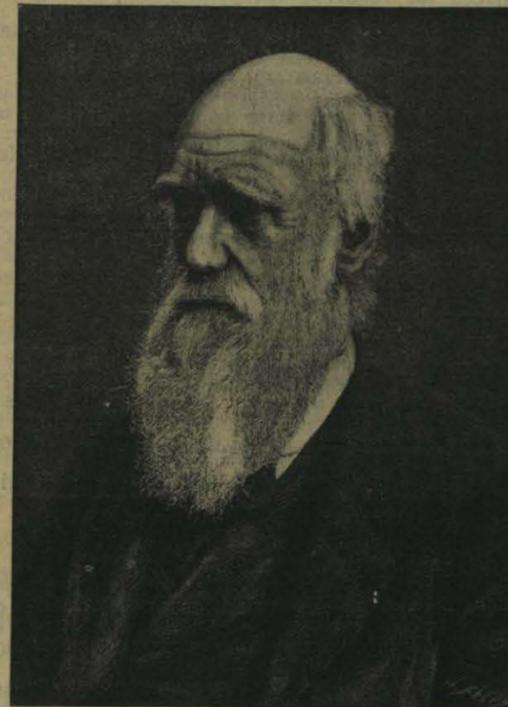
ción de viaje (1817-1820), que no fué excedido jamás así en precisión como en profundidad; Fitzroy, acompañado de Carlos Darwin,

dirigió sus bellas exploraciones del *Adventure* y del *Beagle*, punto de partida de tan preciosas investigaciones sobre la formación de las islas coralígenas, así como también sobre los movimientos de la corteza terrestre y sobre la génesis y la distribución de los animales.

En la misma época se fijaba la atención de los navegantes en las navegaciones polares, no sólo como las de Chancellor, de Hudson y de Bering, para descubrir un paso del «nordeste» ó del «noroeste» alrededor de las costas septentrionales de Asia ó de América, sino también para navegar directamente hacia el polo, como lo había hecho el piloto Bafñn doscientos años antes. Siguiendo las huellas del ballenero Scoresby, uno de los observadores más sagaces que hayan estudiado el Océano Polar, unos marinos enviados por el gobierno británico, Sabine, John Ross y Parry se sucedieron rápidamente en los parajes del Norte. En 1827 alcanzó Parry la latitud de 82° 40', que permaneció durante muchos años la más aproximada al polo á que haya llegado el hombre; después, en 1831, James Ross descubrió en el caos de las islas y penínsulas del archipiélago polar, el punto preciso del polo magnético en que la aguja de la brújula se dirige hacia el suelo. La expedición de 1845, dirigida por Sir John Franklin, tuvo por el contrario un resultado fatal, pereciendo hombres y barcos en las tinieblas del Norte; en 1848, la marina británica no envió menos de cuatro expediciones de socorro; en 1850, diez vapores batían el mar alrededor de Beechey Island, que había sido uno de los lugares de invernadero de Franklin. Se recorrió en todos sentidos el laberinto tan complicado del archipiélago polar, y no sólo se pudieron hallar las huellas de la funesta expedición y reconocer todas las peripecias del drama final, sino que se descubrió además ese famoso paso del noroeste tan buscado hacia más de tres siglos. En 1853, unos navegantes venidos por el estrecho de Bering, encontraron sobre los hielos de la isla Melville otros viajeros llegados por el estrecho de Baffin. Sin embargo, ese camino, hallado á tanta costa, no ha podido ser utilizado todavía; y desde hace medio siglo nadie le ha vuelto á ver (1905). Respecto de las exploraciones antárticas, sostenidas con menos empeño que las del polo boreal, fueron detenidas por largo tiempo, cuando

James Ross, en su expedición de 1841 á 1843, se vió detenido á 1,315 kilómetros del polo austral por un gran acantilado de hielo y por el alto continente que contiene dos volcanes: el Erebus y el Terror.

El aumento de conocimientos que los viajeros obtenían en extensión, lo conquistaban los sabios en profundidad. El geólogo exploraba, examinaba el suelo, comparaba las rocas, buscaba sus analogías, sus diferencias y sus contrastes, observaba sus alturas, sus pliegues y sus inclinaciones, reconstruía las edades de la Tierra por los diferentes cambios cuyas huellas y sucesión veía. Al mismo tiempo el historiador estudiaba los monumentos y los archivos, recogía tradiciones y leyendas, tomaba los documentos ya juzgados para someterlos á nueva discusión más ceñida y más segura, resucitando así



CARLOS DARWIN, 1809-1882

el tiempo pasado para hacerle conocer mejor que lo que se había conocido á sí mismo, presentando de este modo con mayor claridad el porvenir, hasta cuando se equivocaba en los detalles. La época de los Thierry y de los Michelet, de los Gervinus, de los Buckle y de los Ferrari no hay duda que fué una gran época, porque al referir sus altas acciones, estaba preparando otras nuevas. La humanidad se comienza incesantemente, pero siguiendo un modo normal y continuo: lo que hizo ayer nos enseña lo que hará mañana.

Considerado materialmente, el gran progreso del tiempo consistió en dar al hombre del siglo XIX una movilidad mucho mayor, aumentándola en proporciones indefinidas. La aplicación del vapor al transporte de los viajeros y de sus riquezas había sido predicha con frecuencia, puede decirse, desde los tiempos de Grecia. ¿No había prometido Roger Bacon, en plena Edad Media, «unas máquinas como los barcos más grandes», dirigidas por un hombre solo, capaces de recorrer los ríos y los mares con más rapidez que si recibieran impulso de numerosos remeros, semejantes á carros sin tiro que se movieran con inmensa velocidad? En efecto, conociendo la acción del vapor bajo la cubierta de las marmitas y la facilidad del movimiento de las ruedas sobre guías de madera ó de metal, hubiera sido fácil asociar esos dos hechos bien conocidos, y deducir, como sin duda hizo Roger Bacon, toda la teoría de los ferrocarriles. Al menos, los industriales contemporáneos y hasta predecesores de los enciclopedistas habían construído ya barcos de vapor y los habían utilizado, á pesar de las risas y los sarcasmos de los hombres de buen sentido. Sábese que Denys Papin navegó durante el año 1707 con la ayuda del vapor en el río Fulda, entre Cassel y Munden, y que los barqueros de la localidad le rompieron su embarcación revolucionaria.

En el siglo siguiente el descubrimiento, triunfando de las preocupaciones y de la rutina, acabó por entrar en la industria fluvial y luego en la industria oceánica de los transportes; á los barcos de vapor sucedieron las locomotoras y los trenes sobre rieles. Hacia 1830, los países iniciadores, Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Bélgica, Alemania, construían ó poseían sus primeras vías férreas, y pronto el habitante de la proximidad de los ferrocarriles, obediendo cada vez más fácilmente á la sugestión de los viajes, se acostumbraba á la velocidad; de año en año se aumentaba la movilidad de los pueblos en proporciones imprevistas. La revolución realizada en las costumbres por la facilidad del desplazamiento es prodigiosa: en un país como Inglaterra, donde en todo el año se contaban entonces dos millones de viajeros en carruajes públicos, se ha llegado hoy á mil millones de individuos transportados por los ferrocarriles á larga distancia, y los otros vehículos también

transportan otros tantos viajeros. Para una parte de hombres siempre en aumento, la velocidad vertiginosa ha llegado á ser la necesidad de la vida.

En consecuencia, las condiciones y el equilibrio de los imperios han cambiado también. Inglaterra y los Estados Unidos del Norte, cuyos habitantes, gracias á sus ferrocarriles y á sus buques de vapor, son los más móviles de todos, se adelantaron considerablemente á todas las naciones por la adquisición y el prestigio de una ubicuidad relativa. La afición á los viajes, antes excepcional, ó más bien, difícil de satisfacer, fué ya una pasión realizable para el mayor número de habitantes; los movimientos de emigración que antes habían de realizarse por desplazamientos colectivos, á la manera de trombas, podían hacerse ya por individuos, por familias, por grupos espontáneos, cuya masa total excedió pronto á los antiguos éxodos en importancia numérica. Desde el punto de vista político, ese aumento de movilidad en los pueblos más fuertes, llamados «civilizados», les permitió también hacer la conquista material del mundo habitable. ¿Á qué pueblo bárbaro le era dable poder resistir con eficacia á gentes poderosamente armadas, que podían aparecer repentinamente sobre todas las costas y riberas, bogando contra viento y marea y lanzando con mortal exactitud y á grandes distancias sus balas incendiarias? En poder del vapor y de la pólvora, le fué posible á Europa apoderarse fácilmente de todas las partes del universo que constituyen actualmente su imperio colonial.

Todos los progresos industriales y científicos, todos los nuevos puntos de contacto entre los pueblos han tenido por consecuencia necesaria una evolución correspondiente del lenguaje. Los diccionarios clásicos, aumentados con todos los vocabularios técnicos y con las palabras nacidas de la invención popular, forman un conjunto constantemente renovado y de tan rápido aumento, que ya son insuficientes los gruesos volúmenes para contener todas esas riquezas verbales. La antigua lengua académica parece al impetuoso choque de todas esas novedades. En el siglo XVIII se creía todavía que la lengua podía «fijarse», como había deseado Richelieu al fundar la famosa compañía del lenguaje bello. Aunque los escrito-

res de la hermosa edad de la Enciclopedia estuviesen entonces en plena fermentación de una vida nueva, puede decirse que, á pesar suyo, la lengua, que hubieran querido conservar á todo trance, se modificaba y se ensanchaba. Fácilmente se explica el respeto que los escritores profesaban á su lenguaje tan elegante, tan preciso y tan puro: hallábase entonces al parecer en vía de tomar un carácter universal. Si los pueblos extranjeros lo ignoraban, al menos se le empleaba, bien ó mal, en todas las cortes, y los historiadores superficiales se imaginaban que la penetración del idioma se haría de arriba abajo, de los hombres de mundo á las gentes del pueblo. El éxito asombroso de la lengua francesa parecía definitivo; pero precisamente ese mismo éxito constituía un peligro, porque muchos hasta llegaron á creer que el francés adquiriría un carácter exclusivo como expresión del pensamiento humano. La lengua francesa, demasiado bien defendida contra los innovadores, parecía intangible, y los escritores no osaban el más mínimo cambio en las palabras ni en las frases: se había inmovilizado. Y hasta después de la Revolución y después del Imperio, los poetas de 1819 se hallaban todavía bajo el dominio exclusivo de Racine y de Boileau<sup>1</sup>: sólo les era permitido buscar novedades en el ingenio de las perífrasis.

Para librarse de esa tiranía verbal no había más que un medio, la revolución, y, en efecto, una revolución fué el romanticismo. Se recurrió á la invectiva, á la burla, á la injuria por ambas partes. Los amigos se desunieron, las familias se enemistaron y jóvenes contra viejos se libraron verdaderas batallas en los teatros. El romanticismo triunfante llevaba en sí, como todos los progresos, su elemento de reacción: se complacía en los discursos ampulosos sobre la fe mística, y, remontándose hacia la Edad Media, celebraba los hombres cubiertos de hierro, los frailes encapuchados, las nobles damas de frente de marfil; se entretenían describiendo las ojivas de las catedrales, los corredores de los calabozos y las losas de los cementerios. Pero aquella enfermedad no duró mucho y, cuando terminó la lucha y cada autor en prosa ó en verso adquirió toda

<sup>1</sup> Remy de Gourmont, *Sur la Langue française*, «Mercure de France», Julio 1898, p. 75.

libertad de escribir á su gusto, la lengua francesa y los otros idiomas de la Europa occidental igualmente refinados por la lucha, enriquecidos por nuevas adquisiciones, se sintieron más amplios, más dúctiles, más comprensivos y mejor adaptados á la discusión de los grandes problemas que se presentan ante la sociedad contemporánea.

